

y, sobre todo, no vuelves á poner los pies donde has estado esta tarde. ¿Piensas que no sé á lo que vas? Eres mi hermana, ¿lo entiendes? y antes de que pierdas la vergüenza, será capaz de ahogarte.

--¡Uf! qué miedo! Mañanita vuelvo si se me antoja....

— ¡Basta, hijos míos! Pepe, no te irrites — interrumpió Don José con acento débil — no volverá, yo la suplicaré que no vaya.... y preparadme la cena, que tengo mucha necesidad.

Cenaron en silencio y Pepe acostó á su padre, sin querer ajena ayuda ni cruzar con nadie la palabra: después se recogieron Doña Manuela y Leocadia. Cuando iba Tirso á entrar en su cuarto, le dijo Pepe:

— Espera, tenemos que hablar; no es posible que continuemos así.



## XXVII

La luz escasa de la lamparita, sucia y mal despabilada, iluminaba el comedor, donde menudeaban las señales de incuria y abandono. Pocos meses antes, los mismos objetos y muebles que allí había estaban limpios y ordenados: ahora el polvo velaba las tablas del aparador, grandes manchas de grasa afeaban las puertas á la altura de las manos, los visillos blancos del balcón parecían grises, los cojines en que Don José apoyaba las piernas estaban medio destripados en el suelo, y el mugriento hule que servía de tapete á la mesa mostraba descosidas y colgando hasta la estera las tiras de su ribete de trensilla. Todo indicaba que los ojos de la madre y la aguja

de Leocadia prescindían de lo que antes constituía su mayor desvelo; lo único limpio, nuevo y reluciente que allí quedaba, era el marco dorado que compró Doña Manuela para la estampa de la Virgen.

—¿Qué quieres? —preguntó Tirso. —¿Vas á seguir echándolas de amo? Habla y acaba pronto

Pepe, dominando cuantos resentimientos abrigaba contra su hermano y dando tregua al encono, como si aún fuera posible devolver á la casa la tranquilidad perdida, no hizo caso de aquellas patabras ásperamente pronunciadas.

—Oyeme, Tirso: vamos á ver si es posible que tengamos paz. Empiezo por rogarte que me perdones cuantas frases desagradables me hayas oído desde que llegaste á Madrid: todo lo que te haya molestado, como si no lo hubiera dicho.

—Bueno ¿y qué?

—¿Quieres prestarte á que vivamos todos en buena armonía? Por mi parte estoy dispuesto á todo género de sacrificios.

Las palabras de Pepe tenían acento de sinceridad, pero iban saliendo de sus labios tardas, premiosas; hablaba como hombre que,

que, sin esperanzas de éxito, cumple un mandato de su conciencia, tanto más enérgico cuanto más súbitamente concebido; quería demostrar buena voluntad antes de desplegar la energía de que era capaz.

—Aquí puedes estar —añadió— en libertad completa: sólo te ruego que no distraigas á Leo y á mamá. Sé dueño de tus acciones, pero déjalas á ellas que cuiden de la casa. Parecen otras; mira cómo tienen esto, tan suicio; nunca ha estado así y, sobre todo, con lo que no transijo es con el abandono de papá: no quiero que vuelva á ocurrir lo de esta tarde.

—Es decir, que me cruce de brazos y vuelvan á vivir lo mismo que antes, como judíos.

—No entremos en apreciaciones: ¿á qué referir? Tú puedes hacer lo que te acomode: déjalas á ellas que vivan como han vivido siempre; yo me encargo de encarrillarlas otra vez y de que esta casa sea lo que fué.

—Desbaratando lo poco que llevo hecho.

—Comprendo que, por tu estado has de intentar ciertas cosas. . . . Mira, no es posible que discutamos, porque no nos entenderemos pero te haré una reflexión, nada más que una. Me parecería disculpable que hubiese tratado

de que fueran á misa; hasta de que se confesasen; pero, chico, lo que sucede es horrible.

¿Es ó no es verdad que mi padre está hoy aquí peor que en un hospital?

—¿Qué culpa tengo? Lo que ocurre es que las he hecho ver lo infame, lo horrible del olvido en que tenían á Dios, el peligro que corrían de condenarse y de que se condene nuestro padre: han comprendido que me sobraba razón, y han puesto el remedio.

—De modo que lo que urge es salvarse, y el prójimo que reviente: que yo me rinda á la fuerza de trabajar para impedir que esta pobreza de hoy sea mañana miseria espantosa y, entre tanto, vosotros, á dormir á la iglesia, que está fresca en verano y abrigada en invierno, á vestir santos, limpiar altares y cantar jaculatorias porque [el cielo es azul y porque la Providencia dispone la comida á los pajaritos del campo. . . . Y yo, entre tanto, todo el día tronchado sobre la mesa, matándome á trabajar. Nó, chico, á eso no me avengo. Quiero que vivamos igual que antes; ellas en casa y para mi padre. . . . tú, como gustes, nada te pido. Siempre tendrás aquí la cama y la mesa, con tal que no nos obligues á reñir unos con otros. ¿Quieres llevarlas á misa?

Paes llévalas. ¿Quieres que visiten al Santísimo? ¡Por mí, que le envíen tarjeta! Lo que no tolero, es que dejen á Papá solo y esté la casa hecha un asco. Yo no puedo permanecer aquí constantemente; y, además, su situación exige cuidados que un hombre no puede ni saber darle. Consentiré que mamá y Leocadia sean devotas; pero antes tienen que ser lo que han sido hasta ahora, mujeres de su casa y enfermeras de mi padre. Por grande, por fervoroso que sea tu celo, es imposible que te ofusque hasta no dejarte comprender esto.

—Lo absurdo, lo inconcebible, es que me pongas que asista impávido á presenciar la vida que hacíais antes de mi llegada, ¡Ni un mal rosario había en la casa!

—Y vivíamos tan ricamente.

—Yo no puedo autorizar eso ni tolerar tus impiedades.

—Pues yo no quiero consentir lo otro. Sé religioso, pero cesa de ser fanático: verás cómo dejo de ser impío.

El ceño de Tirso y sus respuestas secas iban haciendo á Pepe perder la calma.

— Si te acomoda — continuó — estar de bruces todo el día y usar cilicio, aunque andes á gatas ó te hagas un cinturón de escarpias,

me tiene sin cuidado. En cuanto á ellas, que recen en casita; devoción á domicilio, lo que se te antoje; pero tengo resuelto que mi padre vuelva á verse bien asistido y que Leo no tenga ocasión de perderse por ir á esa cofradía que ha puesto tienda de ropas. Con estas dos condiciones podemos vivir en paz. ¡Buen cuidado tendré yo de no discutir contigo! Me repugnan estas reyertas; pero, chico, lo de esta tarde me ha llegado al alma. Si papá se da el golpe un poco más fuerte, se mata.

—Lo que ha pasado hoy no tiene nada de particular. Si padre no hubiese querido levantarse....

—Si no lo habiérais dejado solo... En fin, ¿te allanas ó nó á que vivamos en paz?

—¿Quieres que me resigne á veros vivir como masones? ¡Cuando empiezan ellas á comprender que lo que estaban haciendo no tenía perdón de Dios!

—Figúrate que has predicado en desierto, y no intentes más conquistas de almas. Para mí, antes que todo, está el reposo de la casa.

—Pues haz cuenta que nada hemos hablado.

—¿Insistes en convertir esto en un fierno con tu ridícula propaganda?

—Insisto en que mi hermana y mi madre no sean herejes.

—¿Y en que nuestro padre muera á fuerza de disgustos y por faltas de cuidados?

—A quien como él hace tan poco caso de la salvación del alma, debe inportarle poco la vida.

—¡Basta! No blasfemes. Se acabaron las contemplaciones. ¡Lige, y responde categóricamente. ¿Nos dejas en paz ó te marchas? ¡Sí ó nó!

—Este es—exclamó Tirso amargamente—el fruto de las ideas modernas! Vive una familia en repugnante impiedad, un sacerdote, hijo de esa misma familia, se propone, redimir de su ignorancia á los desdichados y otro hijo, su propio hermano, le arroja de allí... es decir, lo intenta.

—¿Lo hace! ¿Piensas que por ser cura, y por invocar leyes divinas, que pierden en vuestros labios su grandeza, te asiste derecho á mantener en continua discordia una casa donde antes jamás se oía una frase más récia que otra? ¿Qué tienen que ver con esto las ideas modernas? ¿Ni qué hay de común entre

vosotros, sectarios de una superstición infame, y la doctrina del mártir que injuriais á cada paso? ¡Quemáis incienso en las iglesias, y propagáis por el mundo la pestilencia de vuestros egoismos.

—Egoismo el tuyo, que estimas la tranquilidad de tu vida en más que la salvación de tu padre. Vuestra impiedad sólo atiende á los dolores de aquí bajo: la Iglesia, con previsión admirable, busca la eterna bienaventuranza para el alma. Por eso removemos el mundo á nuestro antojo: ya lo ves, los hombres se alzan en armas para defender nuestra causa, la causa de la Iglesia Católica, eterna como la gloria de su fundador. A su seno vendrán los pueblos como lanchas de pescadores que arrolla la tormenta y se acogen al puerto.

—¿Para que vosotros les despojéis de su ganancia?

—Para señalar á las gentes el camino del bien y la verdad. El primer pueblo que reconquistemos será este.

—¡Nó! Es tarde. Ni la fe podrá recobrar el imperio del mundo, ni vosotros enseñorearos de España, donde vuestra influencia ha sido tan desdichada como la tuya en mi casa.

Dirigisteis la educación nacional por espacio de trecentos años, y el pueblo no sabe leer; gobernásteis nuestras conciencias, y somos escépticos. Eso hicieron los de tu raza con el país en nombre de la religión, sembrando la ignorancia y la incredulidad, como tu fanatismo ha sembrado aquí la desdicha.

—He procurado contrarrestar el mal que causaba te ateísmo.

Pepe rechazó vigorosamente la acusación del cura, y entonces sus frases ganaron en alteza lo que perdieron en naturalidad.

—Te equivocas. A quien no es supersticioso llamáis ateo. ¡Yo áteo! Nó, Tirso: mi corazón ama á Dios mejor que el tuyo: mi Dios no há menester homenaje ridículo ni dogmatismo absurdo. Tú le adoras en templos, que aun de día necesitan luz: yo en el fondo de mi conciencia, donde me basta para verle el resplandor de la caridad que El me inspira. Tú has de postrarte como salvaje que hace sacrificios á un leño: yo le llevo en la razón, que no se arrodilla ante nadie. Tú has venido á traer al mundo, “no la paz, sino la espada”: yo soy de los que dicen con San Pablo: “hermanos, ¡sois llamados á la libertad!” La fe es fértil es tuya; las obras fecundas son mías. Tus

creencias te arrastran al proselitismo, que es la intolerancia y la persecución, ó al ascetismo, que es la aberración del egoísmo y la negación de la vida social. Tu fe hace fanáticos, tu esperanza soñadores: mi caridad hace hombres. Vosotros embrutecéis á la mujer como querido que la pervierte para dominarla; y, enseñándola un cadaver clavado en una cruz la decís: "ese es tu amante:" nosotros, cuando jóvenes, lá-poetizamos con nuestro amor, y, luégo la idolatramos como á madre. ¡Vosotros! vosotros la prometéis el reino de los cielos, para robarla el imperio de la tierra: nosotros la damos el corazón por trono. ¡Habláis de familia! Recuerda lo que has hecho desde que aquí entraste. Me has robado el cariño de mi madre, sin atesorarlo para tí, porque eres incapaz de comprender lo que vale; porque te basta el amor frío á las imágenes de palo. Has hecho que Leocadia riña con un hombre honrado y bueno, que podía haberla hecho feliz: y ¡para qué? para llevarla ahora á las reuniones de esa hermandad, donde la devoción es negocio y la piedad tercera de seducción. Por culpa de tu maldito sermón me han quitado medio de trabajar, y lo que hoy es aquí escasez, será mañana miseria irremediable. ¡Aca-

so nos traerás tú ahora maná del cielo ó dinero de San Pedro? Has entontecido á mi pobre madre hasta el punto de que, por vestir á una virgen, deje solo á papá, olvidándose de la pasión de toda su vida y manchando con mala vejez una existencia consagrada al cariño. Todo eso has hecho. . . . ¡y dices que en nombre de Dios!

—¡Cien veces lo volvería á hacer! No tengo la culpa de que te hayan quitado el destino, ni de que tu madre descuide sus quehaceres. ¡En más altas cosas me empleo. ¡Vienen males del Señor sobre la casa? Paciencia y resignación. Rico era Job y fué paciente y resignado cuando se vió pobre y zaherido; pero no perdió la fe. Te dueles de las cosas del cuerpo; yo atiendo á las del alma. ¡Echa padre algunas pequeñeces de menos? yo estoy abriendo á madre el reino de los cielos. ¡Temes que Leocadia peque de liviana? cuando llegó su espíritu á mi manos ya estaba sucia de pecado.

— Si no fuera por la situación de nuestro padre, tu lenguaje me haría gracia. ¡Conque Job tuvo paciencia y Leocadia estaba sucia de pecado cuando, en vez de ir á cometeer Iglesias, atendía á las necesidades de papa? ¡Con-

que ahora, que mi madre casi ha perdido el juicio, es cuando estás abriendo para ella el Paraíso? Si, ¿eh? pues ahora es cuando abro yo la puerta de la casa para que te vayas. No quieres vivir con nosotros como hermano, ¿verdad? ¿Te empeñas en actuar aquí de cura? Pues ¡a la calle! Mañana te marchas, para no volver nunca.

—Eso, eso es—dijo Tirso al oír la palabra *cura*.—Aprovecha la ocasión que se te presenta para ofender á un sacerdote. Mis ropas, mis hábitos son los que te irritan. ¡Nada importa! Estos paños negros son en el mundo la bandera de la verdad y del bien; por eso la llevamos ceñida al cuerpo, para caer envueltos en ella.

—¡Bonita frase! apúntala para otro sermón carlista.

—Lo que apuntaré en la memoria, es la infamia que por odio á mi clase cometes conmigo.

—Te engañas. Si hubieses querido ser mi hermano, no me acordara yo nunca de tu sotana. Ahora, ya es tarde: hartó veo que tu conducta no es fruto de la depravación del hombre, sino del celo del sectario. Unos ensangrentáis los campos; otros desunís las fa-

milias. En el monte usáis trabuco; en poblado os valéis del confesonario. Aquí has perdido la partida.

—¿Es decir, que me echas?

—Piensa bien lo que respondes, Tirso: ¿quieres vivir con nosotros como hermano, sin acordarte para nada de que eres clérigo?

—No.

—Entonces, veté y sé feliz, si puedes. No exijo, aunque lo mereces, que salgas ahora mismo de casa. Mañana podrás ver á papá por última vez, aunque no creo que te importe gran cosa; pero nada le digas. Luego te marchas cuando quieras y envías por tus ropas. Sobre todo sé prudente y evita que mi madre adopte cualquier resolución descabellada, ¿entiendes? porque te costaría muy caro.

Pepe pronunció las últimas frases con la serena altivez de quien, dueño de su voluntad y seguro de su fuerza, está resuelto á exigir obediencia: la menor provocación hubiese trocado en violencia su energía. La extrema palidez del rostro, demudado por la cólera, los labios trémulos y la terca obstinación de sus miradas, intimidaron á Tirso que esquivando

encararse con su hermano, le dijo fríamente:

— Abur.

— Vé en paz.

Entró el cura en su cuarto y Pepe en su alcoba.

Así se separaron.

Pepe se fué por la mañana temprano á su trabajo, evitando ver de nuevo á Tirso: éste conversó breve rato con la madre y luego entró en la alcoba de don José.

¡Adiós padre— le dijo— hoy me marchó!... ahora mismo!

El viejo, que la noche pasada había escuchado confusamente el rumor de la conversación de ambos hermanos, adivinó la causa de aquella despedida; mas nada hizo por evitarla. Su respuesta fué prueba de que comprendía cuanto había ocurrido.

— ¡Adiós, hijo mío: sé dichoso y acuérdate alguna vez de nosotros!

— ¡Adiós, padre; rogaré al Señor por ustedes!

En seguida Tirso sacó á rastra sus dos baules hasta el pasillo, diciendo á Leocadia:

— Hasta luego: ya vendrán por, eso.

Y bajó la escalera inmutable, con los ojos enjutos.

